

ALHENA LITERARIA

CÓRDOBA
IMPRESIONES DE VIAJE

ALEJANDRO DUMAS

CÓRDOBA
IMPRESIONES DE VIAJE

TRADUCCIÓN DE PILAR GARÍ AGUILERA



alhenamedia

Título original: *De París à Cadix*, de Alejandro Dumas

© de la traducción, Pilar Garí Aguilera
© de esta edición, 2015 by Alhena Media

Director editorial: Francisco Bargiela

Diseño: Juan Bonamusa
Impresión y encuadernación: INO reproducciones

ISBN: 978-84-16395-77-4
Depósito legal: B-24.045-2015

Publicado por:
ALHENA MEDIA
Rabassa, 54, local 1
08024 Barcelona
Tel.: 934 518 437
alhenamedia@alhenamedia.info
www.alhenamedia.info

Primera edición: octubre de 2015

Reservados todos los derechos.
Ningún contenido de este libro podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente, sin la autorización previa
y por escrito de los titulares del copyright.

CONTENIDO

Nota del editor	9
I. Bayona, 5 de octubre por la tarde	11
II. Bayona, 5 de octubre de 1846	25
III. Córdoba	33
IV. Córdoba, 4 de noviembre	49
V. Córdoba	69
VI. Córdoba	77
VII. Córdoba	85
VIII. Córdoba	93
IX. Córdoba	107
X. Córdoba, noviembre	117
XI. 7 de noviembre	129
XII. Córdoba, 7	137
XIII. Córdoba	147
XIV. Córdoba, 8	167

NOTA DEL EDITOR

LOS TEXTOS REUNIDOS en este volumen son un extracto de *De Paris à Cadix, impressions de voyage*, publicado por Editions François Bourin. La versión que ha servido para realizar la presente edición es la de Sílex Ediciones, de 1992.

Los textos reunidos son los dos capítulos iniciales, escritos a modo de introducción desde Bayona por el autor, y los escritos desde Córdoba.

Las descripciones que hace Alejandro Dumas de la ciudad de Córdoba y sus gentes, y de Sierra Morena son de tal belleza y concisión, que entendemos bien merecen aparecer en un único volumen.

I

Bayona, 5 de octubre por la tarde

Señora,

EN EL MOMENTO de partir me hizo prometer que le escribiría, no una carta, sino tres o cuatro volúmenes llenos de ellas. Tenía razón usted, que no en vano me sabe apasionado para las cosas grandes y olvidadizo para las pequeñas, presto a dar pero no a dar a cambio de poco. Se lo prometí; y, como ve, al llegar a Bayona empiezo a cumplir mi promesa.

No me hago en absoluto el modesto y no oculto que estas cartas que le dirijo se imprimirán. Confieso incluso, con la impertinente ingenuidad que, según sea el carácter de quienes me frecuentan, me granjea tan buenos amigos y tan ardientes enemigos; confieso incluso, digo, que las escribo con esa convicción; pero tranquilícese, esa convicción no cambiará nada el estilo de mis epístolas. El público, transcurridos quince años desde que me puse en contacto con él por primera vez, ha tenido a bien acompañarme por los diferentes senderos que he recorrido y que, a veces, yo mismo he trazado a través de este vasto laberinto de la literatura, desierto siempre árido para unos, selva siempre virgen para otros. Espero, pues, que en esta ocasión me acompañe de nuevo con su habitual benevolencia por el familiar y caprichoso camino desde donde le hago señas para que me siga y por el que voy a adentrarme

por primera vez. Además, el público no perderá nada; un viaje como el que emprendo, sin ningún itinerario fijo, sin ningún plan trazado, un viaje sometido, en España, a las exigencias de las carreteras, y en Argelia, al capricho de los vientos; un viaje semejante se acomodará maravillosamente a la libertad epistolar, libertad casi ilimitada, que permite descender a los detalles más vulgares y alcanzar los temas más elevados.

Finalmente, aunque no fuese más que por el encanto de verter mi pensamiento en un nuevo molde, de obligar a mi estilo a pasar por un nuevo crisol, de hacer destellar alguna nueva faceta de esa piedra que extraigo de la mina de mi espíritu, diamante u oropel, y que el tiempo, ese lapidario incorruptible, se encargará de tasar en su justo precio; aunque no fuese más que por el encanto mismo, digo, sucumbiría a él. Usted sabe, señora, que la imaginación es, en mi persona, hija de la fantasía, aun sin ser la fantasía misma. Me dejo, pues, llevar por el viento que me arrastra en este momento, y le escribo...

Y le escribo porque es usted a la vez un espíritu grave y festivo, serio e infantil, correcto y caprichoso, fuerte y encantador; porque su posición en el mundo no le permite decirlo todo, pero sí oír lo que quiera; porque, se trate de costumbres, literatura, artes y yo diría que incluso ciencias, todo le resulta familiar; finalmente porque, si me permite que se lo diga, o más bien que se lo repita, puesto que creo habérselo dicho muy a menudo, finalmente, porque el elemento más necesario para favorecer esta inspiración que el público tiene a bien reconocerme es a veces la charla, ese huésped espiritual de nuestros salones que tan raramente encontramos más allá de las fronteras de Francia, y escribirle será como seguir charlando pura y simplemente con usted. Es cierto que el público estará de oyente en nuestra conversación pero nuestra charla no se resentirá de ello. Tengo comprobado que siempre que intuyo la presencia de un oyente indiscreto con la oreja pegada a la puerta, se me agudiza el ingenio.

Sólo queda una cuestión; usted huye de cualquier publicidad y tiene razón; la publicidad de nuestros días es a menudo la injuria. Para los hombres la injuria no es más que un accidente que se rechaza y se vence. Pero para la mujer la injuria es algo más que un accidente, es una desgracia, porque, al tiempo que deshonra a quien la pronuncia, mancilla a la que la recibe. Cuanto más blanco es un vestido, más visible resulta la menor salpicadura que lo alcanza.

Vea pues lo que le propongo. En esa bella Italia que tanto ama usted hay tres mujeres benditas que tres divinos poetas hicieron célebres. Estas mujeres se llaman: Beatriz, Laura y Fiametta. Escoja uno de estos tres nombres, y no tema que por ello vaya yo a crearme nunca Dante, Petrarca o Boccaccio. Puede llevar, como Beatriz, una estrella en la frente; como Laura, una aureola en torno a la cabeza; o, como Fiametta, una llama en el seno; puede estar tranquila, mi orgullo no se quemará en ella. En su próxima carta me comunicará con cuál de estos nombres debo escribirle, ¿no es así? ¿Tengo alguna cosa más de este tipo que decirle? No, creo que no.

Muy bien. Pues ahora que ya he concluido mi pequeño prefacio, permítame que le exponga en qué condiciones parto, por qué motivo la abandono y con qué probables intenciones volveré. Existe en este mundo un hombre de una gran inteligencia cuyo carácter ha resistido a diez años de Academia, su urbanidad a quince años de debates parlamentarios y su benevolencia a cinco o seis carteras ministeriales. Este político empezó siendo hombre de letras y, cosa rara en los políticos, al no redactar más que leyes, acabó envidiando a los que todavía redactan libros. Cada vez que le ofrecen alguna de esas cosas que hacen que se abra una flor o madure un fruto sobre el eterno árbol del arte, la toma con rapidez, cediendo al primer impulso, justo al contrario de aquel político que nunca cedía a ese arrebato; ¿sabe por qué? Porque era el bueno.